

Sobre la batalla de Bailén

Juan Eslava Galán
Doctor en historia y escritor

Carlos IV y Fernando VII, padre e hijo, bobo el uno y canalla el otro, entregaron España a Napoleón en 1808. Y Napoleón traspasó la corona española a su hermano José I (paradójicamente uno de los mejores reyes que hemos tenido).

Las tropas francesas entraron en Madrid sin pegar un tiro pero a los diez días justos se produjo el famoso levantamiento popular del Dos de Mayo, seguido de la brutal represión francesa (los fusilamientos de la Moncloa, inmortalizados por Goya). Fue el detonante para que la rebelión se extendiera por todo el país.

La hostilidad española ponía de pronto en peligro una escuadra francesa (cinco navíos de línea y una fragata) que estaba anclada en la bahía de Cádiz. Se había refugiado en aquel puerto tres años atrás, después de escapar del desastre de Trafalgar, y desde entonces estaba bloqueada por la escuadra inglesa del Estrecho. Cuando la súbita hostilidad española puso en peligro aquellos preciosos navíos, Napoleón concibió un plan tan simple como eficaz para protegerlos: adueñarse de Cádiz por tierra.

El trabajo recayó en el prestigioso general Pierre Dupont, llamado *el león del Norte* por su destacada actuación en las batallas de Marengo y Ulm. El veintitrés de mayo, Dupont salió de Toledo al frente de un cuerpo expedicionario integrado por unos veinte mil hombres pertenecientes a las divisiones Barbou y Fresia, del Segundo Cuerpo de Observación de la Gironda. Iban divididos en dos columnas que se seguían a un día de distancia para facilitar el alojamiento de la tropa. Así pasaron Despeñaperros y descendieron por el valle del Guadalquivir siguiendo el camino real que iba a Cádiz.

Pero nunca alcanzaron su destino. En tierras cordobesas Dupont recibió noticias alarmantes: en Sevilla se había constituido un gobierno provisional, autodenominado Junta Suprema de España e Indias, que pretendía llenar el vacío de poder existente en el país, y aspiraba a coordinar la resistencia popular y a servir de enlace entre las juntas locales que estaban surgiendo por todas partes. El general Javier de Castaños, jefe de la guarnición de San Roque, y la escuadra inglesa, que bloqueaba la bahía de Cádiz, apoyaban a la Junta sevillana. Los ánimos estaban caldeados: había curas trabucaires que predicaban la guerra contra el impío invasor y no faltaban exaltados que recorrían las plazas crucifijo en mano, dando mítines patrióticos y arrastrando cadenas para simbolizar la opre-

sión que venía del otro lado de los Pirineos. En este clima de mal contenida violencia, una partida de veinticinco franceses fue muerta en Alcaudete. Las juntas locales estaban reclutando gente para reforzar las tropas de Castaños.

El seis de junio, la Junta de Sevilla declaró la guerra a Francia. Lo que parecía ser un simple paseo militar por una tierra inermemente comenzó a preocupar a Dupont. El general francés resolvió detener su avance y despachó correos a Madrid solicitando el envío de las otras dos divisiones de la Gironda, las mandadas por los generales Vedel y Freire. El día siete un pequeño ejército español compuesto por unos tres mil voluntarios salió al encuentro de los franceses junto al puente de Alcolea, no lejos de Córdoba. El primer enfrentamiento se saldó con una completa derrota de las armas españolas. Al día siguiente Dupont premió a sus tropas permitiéndoles que saquearan Córdoba. Mientras tanto los fuertes de Cádiz comenzaron a bombardear a la escuadra francesa anclada en la bahía. Cinco días más tarde las tripulaciones se amotinaron y obligaron a los oficiales a rendir los barcos. De pronto el principal objetivo de la expedición francesa se había desvanecido.

En Córdoba, durante una semana, los franceses cometieron toda clase de desmanes: robaron palacios e iglesias, asaltaron conventos, violaron a numerosas mujeres, y se emborracharon en las tabernas usando como copas los cálices que habían rapiñado en los templos.

Perdida la escuadra francesa de Cádiz no quedaba a Dupont más objetivo que destruir el ejército de Andalucía. Para ello esperaba recibir refuerzos de Madrid y, mientras tanto, era vital que mantuviera abiertas sus comunicaciones con la capital. No tenía sentido permanecer más tiempo en Córdoba. La clave estratégica estaba en Despeñaperros y la campiña jiennense. Por lo tanto, el 16 de junio, Dupont abandonó Córdoba y desandando parte del camino, fue a establecer su cuartel general en Andújar. Desde allí envió a Jaén una columna en busca de provisiones. En la capital del Santo Reino los franceses repitieron, aunque en escala mucho menor, las tropelías perpetradas en Córdoba.

El mando central francés, apremiado por las peticiones de Dupont, le había enviado una de las dos divisiones que solicitaba, la del general Vedel, que cruzó Despeñaperros sin novedad y tomó posiciones en Santa Elena. Posteriormente se le agregó otra división al mando de Gobert, pero este se reunió con las fuerzas de Dupont en lugar de quedarse en Despeñaperros, vigilando las comunicaciones, como se le había ordenado. Este aumento de la tropa traía consigo nuevos problemas de avituallamiento: Dupont envió otra columna a depredar los graneros de Jaén, medio evacuada por su población, pero esta vez no encontraron a la ciudad desprevenida y los visitantes fueron recibidos con fuego de fusil por un destacamento del ejército de Andalucía enviado a proteger la ciudad. Los franceses lograron ocupar el castillo y gran parte del caserío durante tres días pero las elevadas pérdidas que sufrían en los combates callejeros unidas a la intermitente llegada de refuerzos españoles les aconsejó evacuar la ciudad.

El ejército de Andalucía

Dupont, desde Andújar se preparaba a recibir la embestida de Castaños ¿Tan preocupante era la situación? Las Juntas de Defensa de Granada y Sevilla habían alistado 24.442 soldados que Castaños distribuyó en cuatro divisiones mandadas, respectivamente, por Teodoro Reding, el marqués de Copigni, el mariscal don Félix Jones y el teniente general don Manuel de la Peña. A estas tropas cabría

añadir una división de Montaña a cargo del coronel Cruz Mourgeon. En conjunto disponían de 2.000 caballos y 60 cañones

La mayor parte de la tropa se componía de voluntarios bisoños, pero Castaños improvisó con ellos un ejército entrenándolos exhaustivamente durante ocho horas diarias durante quince días. La moral de combate era alta pero estaban verdes, para qué nos vamos a engañar.

Antes de proseguir quizá convenga decir cuatro palabras sobre el general Teodoro Reding arriba mencionado, ya que distinguiría especialmente en la batalla de Bailén y algunos autores sostienen que el vencedor fue él y no Castaños. Reding era suizo de nacimiento aunque desde los diez y seis años de edad estaba al servicio de España. Desde siglos atrás, los suizos se han buscado la vida sirviendo en ejércitos extranjeros. Antes de que el servicio militar se hiciera obligatorio, los soldados eran profesionales pagados y todos los ejércitos de Europa, incluido el napoleónico, solían contar con regimientos de soldados extranjeros. En el ejército español había, en 1808, seis regimientos suizos en virtud de un tratado firmado cuatro años antes entre los dos países. También había algunos regimientos de guardias walones. Como veremos más adelante, en la batalla de Bailén combatieron destacamentos suizos en los dos bandos. Se da la circunstancia de que dos de estos regimientos se llamaban de Reding, como el general, y tan pertinaz coincidencia de nombres puede resultar confusa, así que será mejor que especifiquemos: había un regimiento de Nazario Reding y otro de Carlos Reding. El primero permanecía fiel a España, pero el segundo se había pasado días atrás a los franceses atraído quizá por el prestigio y las mayores oportunidades de promoción que podían encontrar bajo los estandartes de Napoleón. No fue el único: otro regimiento suizo que actuará en Bailén, el de Preux, también se había pasado a los franceses.

Los efectivos franceses se agrupaban en cuatro divisiones (Barbou, Vedel, Rouyer, Gobert) aunque algunas de ellas estaban incompletas. En total eran 857 oficiales, 21.021 soldados y 5.019 caballos. Las tropas españolas ascendían a 24.442 hombres. En términos numéricos las fuerzas parecían compensadas pero hay que tener en cuenta que los españoles eran bisoños mientras que los franceses, aunque de origen misceláneo, lo que rebajaba algo su calidad, eran en su mayoría veteranos que habían luchado victoriosamente en diversos campos de batalla de Europa.

En lo referente al equipo puede decirse que andaban equilibrados, si bien los españoles estaban peor uniformados e incluso abundaban entre ellos los que no disponían de uniforme alguno. Entre estos el grupo más pintoresco lo constituían los garrochistas jerezanos, expertos caballistas muy ejercitados con las reses bravas. Los garrochistas tendrían una destacada actuación frente a los lanceros franceses.

El 11 de julio Castaños llegó a Porcuna con las tropas de la Junta de Sevilla y allí se le unieron las que enviaba la Junta de Granada. Curiosa coincidencia: fue también en Porcuna donde Julio César reunió sus tropas antes de la batalla de Munda.

El plan de acción de Castaños consistía en cortar la retirada de Dupont, incomunicarlo de su mando central, encerrarlo en una bolsa donde no pudiera recibir refuerzos y batirlo ¿Cómo lograr tan ambicioso objetivo? Las dos primeras divisiones andaluzas cruzarían el Guadalquivir y ocuparían el camino real al Norte de Andújar, hacia Bailén, mientras que otro destacamento menor se apoderaba de los pasos secundarios de Sierra Morena, las cañadas de los pastores que conducen por el santuario de la Virgen de la Cabeza al Valle de la Alcudia y la Mancha. Al propio tiempo, la tercera divi-

sión andaluza y la de reserva amagarían un ataque sobre Andújar para mantener a Dupont ocupado e impedir que escapara de la trampa.

Si alcanzaba estos objetivos, Castaños tendría a Dupont cogido en una especie de tenaza. Entonces las divisiones situadas al Norte descenderían hacia Andújar y caerían sobre el flanco izquierdo francés mientras que la tercera y la reserva amagaban un nuevo ataque de frente, por el puente romano, con una parte de la fuerza mientras que la otra atravesaba el río aguas abajo y atacaba al francés por su flanco derecho.

Mientras esto ocurriera en Andújar, tropas ligeras de voluntarios interceptarían los posibles refuerzos franceses en el camino real, por los pasos de Despeñaperros.

Castaños se puso en movimiento. El trece de julio, acampó en Arjona y al día siguiente movió hacia Andújar dos divisiones mientras que las otras dos se dirigían a Mengíbar e Higuera de Arjona.

El día quince Castaños amaneció en las inmediaciones de Andújar, el marqués de Coupigni sobre Villanueva de la Reina (de donde expulsó al destacamento francés que la ocupaba) y Reding sobre Mengíbar, amenazando a las tropas francesas de Vedel que ocupaban los vados del Guadalquivir. Vedel lanzó un ataque contra Mengíbar pero fue rechazado por Reding que tuvo buen cuidado de comprometer en la defensa sólo las tropas estrictamente necesarias, de modo que el enemigo no descubriera que lo que tenía delante era toda una división.

La astucia de Reding despistó a Vedel. El francés, engañado por el fuego escaso, creyó que se las había con un enemigo menor y marchó a Andújar con parte de sus tropas para apoyar a Dupont al que suponía resistiendo al grueso del ejército español.

Reding, al día siguiente, viendo el camino despejado, hizo pasar a su división al otro lado del Guadalquivir y descargó toda su fuerza artillera sobre los franceses. El general Gobert tuvo que acudir a reforzarlos desamparando Bailén. La acción más brillante del día fue la carga de los coraceros franceses contra los walones del bando español, que los rechazaron. Además, en el tiroteo subsiguiente murió Gobert. El general Dufour, en el que recayó el mando, cedió terreno. Reding entonces, extrañamente, en lugar de perseguir al enemigo se retiró hacia Mengíbar. Es posible que su propia victoria lo hubiera desconcertado, y no se atreviera a avanzar sin el apoyo de la división del marqués de Coupigni, a la que esperaba. Tipo afortunado este Reding porque su indecisión se tornó acierto táctico dado que su incomprensible repliegue fue erróneamente interpretado por Dufour: pensó que el verdadero objetivo de los españoles no era Bailén sino los pasos de Despeñaperros donde les sería fácil cortar las comunicaciones del ejército de Dupont.

Dufour no se lo pensó dos veces. Había que actuar con celeridad y adelantarse al enemigo: a marchas forzadas y sin consultarlo con Dupont, tomó el camino real hacia Guarromán y los pasos de de Sierra Morena. Bailén quedaba detrás, desguarnecido.

Pero Reding no se movió de Mengíbar. Mientras esperaba a Coupigni hizo exponer, en el patio de su alojamiento, las corazas francesas conquistadas la víspera, para que sus soldados comprobaran que las balas las traspasaban. Había circulado el rumor de que aquel blindaje era impenetrable.

Mientras tanto, en Andújar, Dupont no las tenía todas consigo, particularmente después de tener noticia de los movimientos de tropas andaluzas por el flanco de Mengíbar. Curándose en salud ordenó a Vedel que se replegara hacia Bailén y se uniera a las tropas que suponía acantonadas en la ciudad para despejar con ellas el camino real y mantener a raya los ataques procedentes de Mengí-

bar. Pero Vedel, cuando llegó a Bailén, lo encontró desguarnecido y supo que las tropas habían partido hacia Despeñaperros donde los pasos de Sierra Morena estaban amenazados. ¿Qué hacer? Cayó en el mismo error de Dufour y siguió sus pasos camino real arriba hasta que lo encontró. Juntos se estacionaron en La Carolina y Santa Elena con las tropas que tanta falta hacían en Bailén.

Cuando Dupont se percató de que no tenía tropas defendiéndole la espalda se preocupó sobremedida. La trampa se estaba cerrando a su espalda: había que replegarse y escapar de ella. Así que evacuó Andújar (como antes Córdoba) de noche, para ganar unas horas al enemigo. Mientras tanto Reding y Coupigni habían unido sus fuerzas en Mengíbar, según lo previsto, y habían llegado a Bailén, a cuyas afueras pernoctaron, sobre el camino de Andújar que pensaban seguir a la mañana siguiente, en cumplimiento del plan de Castaños, para atacar a Dupont por el flanco.

Sobre las tres de la madrugada del martes 19 de julio de 1808 las vanguardias de Dupont que llegaban a Bailén después de caminar toda la noche, se toparon con las de Reding que acababan de levantar el campamento y bajaban hacia Andújar. La sorpresa fue mayúscula por ambas partes pero después del primer desconcierto las avanzadillas tomaron posiciones e intercambiaron los primeros disparos. Comenzaba la batalla.

La batalla

Los franceses se desplegaron en orden de batalla ocupando una serie de lomas cubiertas de olivos (Cerrajón, Zumacar Grande y Zumacar Chico). Delante de ellos, con la retaguardia apoyada en el pueblo, se desplegó la línea española por los trigales y rastrojos que ocupaban las lomas de Cañada de Marivieja, Cerro Valentín, Era de Cerrajal y Cañada de las Monjas. Los franceses se iban a ver obligados a aceptar el combate en mitad de la calor del mes de julio (el artículo femenino andaluz que agranda los sudores), quizá unos cuarenta y cinco grados centígrados o alguno más si tenemos en cuenta los rastrojos incendiados por los disparos y el inadecuado atuendo de aquella milicia, la caballería embutida en sus corazas y cascos metálicos y la infantería en sus casacas de paño. Además el peligro reseca las gargantas. Y no había más agua en media legua a la redonda que la del pueblo, en manos españolas, y la de la Noria de San Lázaro, un fresco pozo situado en tierra de nadie, entre las dos líneas, del que los franceses no pudieron extraer ni una mala cantimplora porque la artillería y la fusilería españolas mantuvieron batidos sus accesos en todo momento. Esto explica que algunos autores atribuyan a la enloquecedora sed la principal causa de la derrota de los franceses en Bailén. Los españoles no padecieron sed puesto que, como dice un informe, en Bailén "a porfía se destinaron seglares, eclesiásticos y muchachos, perdida enteramente la aprensión y el miedo, a llevar (...) agua en abundancia, cuanta se necesitó para refrescar los cañones y con qué refrigerar la tropa en un día de tan excesivo calor." Por otra parte los españoles se cansaron menos que los franceses puesto casi siempre se limitaron a defender sus posiciones mientras que los franceses hacían el trabajo de atravesar el campo para atacar las del contrario.

Reding había desplegado su infantería en dos líneas, con la artillería en los intervalos y la caballería en la retaguardia presta a intervenir donde fuera menester.

Chabert, el general francés que mandaba la vanguardia de Dupont, menospreciando la calidad del enemigo, no quiso aguardar a la llegada de Dupont, que venía algo retrasado con el grueso del

ejército, y lanzó una carga contra las líneas españolas. El ataque fue fácilmente rechazado por la artillería y fusilería de Reding. Después de perder dos cañones y muchos hombres, Chabert se replegó algo desconcertado. Los bisoños españoles iban cobrando confianza y fe en la victoria.

A poco llegó Dupont al campo de batalla y se hizo cargo de la delicada situación. Una fuerza importante le cerraba el paso y a su espalda venía Castaños pisándole los talones. ¿Dónde demonios está Vedel al que encomendé que retuviera Bailén? Dupont esperaba su aparición sobre la retaguardia española pero ¿quién le garantizaba que Castaños no se adelantara a caer sobre la francesa? En la tesitura de verse atrapado entre dos fuegos, decidió arreglarse con las tropas que tenía a mano sin contar con Vedel. Es más, ni siquiera aguardó a la llegada de su propia retaguardia donde había dejado las mejores tropas (caballería, artillería, suizos) en previsión de un ataque de Castaños. Le urgía romper la línea española inmediatamente. Y cayó en el mismo error que Chabert una hora antes: menospreciar la potencia y calidad del enemigo.

En el segundo ataque francés, a las cinco de la madrugada, intervinieron la brigada Chabert y la caballería de Dupré, los famosos dragones y coraceros franceses. Mientras tanto la artillería de los dos ejércitos se enzarzaba en un duelo singular en el que nuevamente se impuso la superior potencia de la española. Dupont quizá recordaría amargamente las palabras de Napoleón: "El cañón decide las batallas."

Ya comenzaba a elevarse el sol calentando el día cuando Dupont lanzó su tercer ataque, con sus tropas considerablemente reforzadas por los regimientos suizos y la retaguardia (excepto la brigada Pannetier que quedaba retrasada por si llegaba Castaños).

La carga se dirigió contra la izquierda y el centro español, pero fue ametrallada por la artillería y hubo de replegarse con grandes pérdidas. Más indeciso estuvo el combate en la izquierda de la línea española, donde los dragones y coraceros franceses arrollaron sucesivamente a los lanceros españoles, a los refuerzos enviados por Coupigni e incluso a las milicias que intentaban proteger la retirada de los anteriores. En esta última maniobra, los franceses volvieron a ponerse en la enfilada de los cañones y otra vez recibieron la mortífera lluvia de metralla. Debemos tener en cuenta que antes de la invención de la ametralladora, el cañón, disparando cargas de metralla conseguía un efecto bastante parecido. La caballería francesa se vio obligada a replegarse. En otra acción paralela los españoles consiguieron capturar un cañón francés y llevarlo a sus posiciones.

Dupont se percató de que la victoria no iba a ser fácil. Sus tropas comenzaban a desmoralizarse y la falta de agua comenzaba a enloquecer a la gente. Más valía que pusiera toda la carne en el asador antes de que fuera demasiado tarde. Así que llamó a tres batallones de la brigada Pannetier, y dejó solo a otros dos para detener a Castaños.

A la llegada de las nuevas tropas, algo cansadas después de la marcha forzada, hubo un par de escaramuzas que costaron bastantes bajas a las dos partes y a la postre dejaron el frente como estaba. Después, nueva carga de los coraceros de Privé que fueron otra vez rechazados.

El tormento de la sed

"Hay que vencer o morir" comentó Dupont, abatido, a su Estado Mayor. Y un general respondió: "Lo segundo es probable, lo primero totalmente imposible."

A las diez y media de la mañana algunos franceses intentaron acercarse a las líneas españolas enarbolando bandera blanca. Luego Dupont hablaría de "un gran número de soldados a los que nadie podía sujetar, que corrían hacia las fuentes vecinas para calmar la sed, dejando las líneas desgarnecidas."

Para levantar la moral de la tropa, Dupont hizo correr el rumor de que las tropas de Vedel estaban tomando posiciones sobre la retaguardia española. A las doce y media, con todo el sol en lo alto, los franceses, rotos de cansancio, y agobiados el calor y la sed hicieron el supremo esfuerzo de atacar nuevamente. Para estrellarse otra vez con la metralla artillera y con la fusilería. Reding juiciosamente había dispuesto a sus hombres de manera que oponía siempre tropas de refresco.

En una de las cargas, los suizos de los regimientos de Preux y de Carlos Reding (los que estando al servicio de España se habían pasado a los franceses) se encontraron frente a frente con sus compatriotas del regimiento de Nazario Reding (los que habían permanecido fieles a España). Al advertir que tenían delante a sus antiguos camaradas, los oficiales de unos y otros ordenaron cese el fuego y se juntaron a parlamentar en tierra de nadie. Los de un bando intentaban convencer a los del opuesto para que se les unieran. Al final no hubo acuerdo, regresaron a sus posiciones respectivas y reanudaron el combate que, como estamos viendo, a la postre fue favorable a los que luchaban por España. En vista de lo cual, los suizos pasados a Napoleón volvieron a chaquetear con la mayor desvergüenza y regresaron con los españoles. Los suizos siempre tan realistas y prácticos.

María Bellido *la Culiáncha*

En los intervalos de los ataques franceses y aún en medio de ellos muchos vecinos de Bailén no dudaron en poner en peligro sus vidas para llevar auxilios a las tropas españolas y para retirar a los heridos al pueblo, convertido en aquella clara mañana en hospital de sangre. El heroísmo de los baileneros está representado por una mujer singular, María Paula (no Luisa) Bellido, apodada *la Culiáncha* por sus evidentes prendas físicas. Esta mujer llegó con su cántaro de agua hasta el puesto de mando del general Reding, situado en una era a las afueras del pueblo, entre el camino real y el Cerro Valentín. En el momento en que *la Culiáncha* ofrecía agua al general, una bala francesa le hizo añicos el cantarillo. La mujer, sin inmutarse, recogió del suelo un tiesto donde quedaba algo de agua y lo tendió a Reding. El cual bebió con gusto y, alabando el valor de la señora, le prometió premiarla.

El investigador jiennense López Pérez, en un espléndido trabajo, ha rescatado para la historia la verdadera figura de María Bellido. *La Culiáncha* era natural de Porcuna pero estaba casada con un labrador de Bailén. No tuvo hijos. Quizá fuera algo machorra y viril. Tenía, cuando la batalla, sesenta y cinco años. Si obtuvo una pensión vitalicia después de la batalla no la disfrutó largo tiempo puesto que falleció en marzo de 1809 (y su viudo la siguió a la tumba dos días después). Cuando los franceses regresaron triunfantes a Bailén, en enero del año siguiente, profanaron las tumbas de la iglesia, entre ellas la de María Bellido y su esposo.

Los franceses se rinden

Regresemos ahora al campo de batalla. Después del último revés, los franceses no estaban en condiciones de seguir atacando. En el campo habían dejado dos mil muertos y el certero fuego de la artillería española les había desmontado catorce de las dieciocho piezas de que disponían. La artillería francesa era de calibre ocho; la española contaba con cuatro del doce.

Dupont, temeroso siempre de que en cualquier momento le apareciera Castaños por la espalda, pensó en solicitar la capitulación antes de que las cosas se pusieran peor de lo que estaban. Así que envió parlamentarios con bandera blanca a solicitar de Reding la suspensión de las hostilidades.

Unos y otros dieron descanso a las armas y comenzó el regateo. Reding exigía que la capitulación comprendiera las fuerzas de Vedel y Dufour. En esto andaban cuando, hacia las tres de la tarde, llegaron los españoles de la división de reserva y dispararon unos cañonazos para avisar a Reding de que tomaban posiciones a la retaguardia del enemigo. La trampa se había cerrado.

Castaños se había adelantado pero Vedel tampoco se hizo esperar mucho más. Sobre las cinco apareció a retaguardia de las tropas de Reding y fue recibido por unos oficiales españoles que lo informaron de la capitulación de Dupont. Pero Vedel, sea de mala fe o sea porque creyó que se trataba de una argucia del enemigo, no dio crédito a lo que le decían y atacó a la retaguardia española por los flancos. Sus tropas capturaron sin dificultad el Cerro del Ahorcado donde apresaron a un regimiento y dos piezas de artillería que, observando disciplinadamente el alto el fuego, ni siquiera intentaron defenderse. La misma maniobra contra la derecha española no dio idéntico resultado pues allí sí se defendieron los atacados y rechazaron a los franceses devolviéndoles el fuego.

¿Iba a reproducirse la batalla? En este caso los franceses de Dupont, cogidos en una bolsa, agotados y sin artillería, podían ser fácilmente aniquilados. Dupont, encolerizado, ordenó a Vedel suspender el fuego. Después se reanudaron las conversaciones. No era fácil llegar a un acuerdo honorable.

Aquella noche Vedel volvió a hacer de las suyas. A cencerro tapado, con gran sigilo, sacó a sus tropas y huyó camino real arriba hacia Castilla. Pero al día siguiente un correo de Dupont lo alcanzó con la orden terminante de regresar y rendirse, tal como se había acordado.

La capitulación se firmó el 22 de julio junto al arroyo Rumblar, en una humilde venta hoy desaparecida. Viene en los libros de historia que Dupont, al entregar su espada protocolariamente al general Castaños, le dijo: "Os entrego esta espada vencedora en cien combates"; a lo que Castaños modestamente respondió, pues este de Bailén es el primero que yo gano." Después los vencidos desfilaron ante las fuerzas vencedoras y entregaron las águilas de bronce que remataban los mástiles de sus banderas (las banderas, como eran de tela, habían sido quemadas para que no cayeran en manos del enemigo). Además tuvieron que devolver las tres banderas españolas que Vedel había capturado en su ataque.

Castaños envió los trofeos a Sevilla donde fueron depositados en la Capilla Mayor de la Catedral hasta que dos años después los rescataron los franceses cuando ocuparon la ciudad. Una de las banderas que figuraba en aquella capilla pertenecía en realidad al regimiento suizo de Reding. Los franceses la enviaron a París donde reapareció, tiempo después, en el Museo de Artillería. En 1941 Pétain tuvo la gentileza de devolverla a Franco creyendo que había sido tomada a los españoles. Hace

unos años figuraba en nuestro Museo del Ejército como tomada por los franceses en los sitios de Gerona (?). Así se escribe la historia.



Grabado procedente de la colección particular de Bernardo Jurado Gómez.

Las cifras de Bailén

Las cifras de Bailén dan idea de la magnitud de la derrota francesa. El ejército de Dupont sufrió 2.200 muertos y 400 heridos; el español solamente 243 muertos y 735 heridos. Ya se ve que los franceses se expusieron más y además estuvieron peor atendidos. Los españoles podían ser evacuados al pueblo de Bailén convertido, todo él, en hospital de sangre.

Las cifras de prisioneros no son menos espectaculares: Dupont entregó 15 generales, 469 oficiales, 8.242 soldados, 23 cañones, dos mil caballos y 200 tiros de mulas. Los 7 generales, 163 oficiales y 10.000 soldados de Vedel podrían conservar sus bagajes y enseñas y serían conducidos a Rota y Sanlúcar desde donde serían transportados a puerto francés por navíos españoles. Una vez a bordo se le devolverían sus 17 cañones y el resto de sus armas.

Las consecuencias de la batalla no se hicieron esperar. El 29 de julio los franceses abandonaron Madrid y se replegaron hacia el Norte. La noticia de la derrota de Napoleón corrió como la pólvora y destruyó el mito de la invencibilidad de los franceses.

Napoleón montó en cólera y acudió personalmente al remedio. A primeros de noviembre cruzó el Bidaosa al frente de 250.000 hombres con los que ocupó España (a excepción de Cádiz, que resistió heroicamente). Como queda dicho, los franceses regresaron a Bailén el 20 de enero, medio año después de la batalla.

El infierno de Cabrera

Los prisioneros de Bailén nunca fueron devueltos a Francia. Por una parte el cumplimiento de esta cláusula de la capitulación resultó materialmente imposible porque los ingleses, dueños del mar y en guerra con Napoleón, se negaron a permitir el paso de un convoy francés sin acuerdo previo con su Gobierno. Por otra parte a la Junta de Sevilla tampoco se esforzó en cumplir lo pactado con los forajidos uniformados que saquearon Córdoba.

Aquella tropa inició un calvario que duraría varios años. Primero pasaron cautivos y desarmados por pueblos que días antes habían saqueado sufriendo por parte de los vecinos los insultos e intentos de linchamientos que a duras penas pudieron impedir las tropas que los escoltaban. Después de pasar unos meses hacinados en infectos pontones fondeados en la bahía de Cádiz algunos fueron trasladados a Canarias, donde disfrutaron de relativa libertad y pudieron trabajar, cada cual en su oficio, para ganarse la vida y el resto, unos cinco mil hombres y quince mujeres (cantineras, esposas o mancebas), fue conducido a la isla balear de Cabrera, una roca pelada de veinte kilómetros cuadrados, donde pasaron cinco años en tan penosas condiciones que unos 2.500 de ellos murieron de desnutrición y escorbuto, de disentería y sarna.

La bala de *la Culiancha*

En 1862, la reina Isabel II, durante su viaje por Andalucía, recaló en Bailén. El Ayuntamiento, honradísimo con la real visita, ofreció a la reina un artístico estuche de palosanto forrado de terciopelo que contenía una bandeja y un cantarito de plata con puertecita practicable que dejaba ver, en su interior, engarzada entre dos coronas de laurel, estas de oro, la bala que rompió el cántaro de *la Culiancha*. Además fueron mostrados a la reina siete ancianos que habían presenciado la batalla cuando eran niños. Después del emotivo acto, una carroza transportó la oronda humanidad de la reina al glorioso campo de batalla donde donde las posiciones de los respectivos contendientes habían sido convenientemente señalizadas para la ocasión con banderitas y faroles.

La bala regalada a Isabel II se conservó en la Real Armería hasta finales del pasado siglo, pero hoy ha desaparecido con su cantarito y sólo queda la bandeja.

Por el tiempo de la real visita se modificó el escudo de Bailén añadiéndole un cuartel en el que se representa un cántaro agujereado.

En el pueblo de Bailén un monumento recuerda la batalla. No sería mala cosa que su Ayuntamiento rescatara el campo de batalla y lo convirtiera en parque conmemorativo, señalando en él las posiciones y movimientos de los ejércitos y añadiéndole quizá un pequeño museo de contenido didáctico. La privilegiada situación de Bailén, junto a la autovía por donde discurre un ochenta por ciento

del turismo meridional, al que cabría sumar las numerosas expediciones escolares que visitan Andalucía asegurarían el éxito de esta iniciativa.

Si fructificara la idea, sería el primer campo de batalla español rescatado para la ciencia. La iniciativa de proteger los campos de batalla, se observa en muchos países de Europa, entre ellos Portugal, cuyo gobierno ha realizado una espléndida labor en el de Aljubarrota.

